

El desarrollo humano y Mahbub ul Haq

Amartya Sen, *profesor de la Universidad Thomas W. Lamont y profesor de Economía y Filosofía de la Universidad de Harvard University*

No es ningún secreto que el producto interno bruto, o PIB, es un indicador muy tosco de los logros económicos de una nación. Mahbub ul Haq lo sabía muy bien durante su época de estudiante universitario, que compartí con él en Cambridge y durante la que conversábamos a menudo sobre lo engañoso que resultaba el PIB como parámetro de uso popular. También debatíamos sobre lo fácil que nos podría resultar mejorar este indicador sustituyendo los valores de los productos básicos por determinados aspectos de la calidad de vida que considerábamos razonable valorar. En ocasiones no nos importaba faltar a una clase o dos para dedicarnos al estimulante ejercicio de proponer algunas sencillas mejoras en el PIB.

En 1955 concluyó nuestra época de estudiantes y nuestros caminos se separaron, aunque siempre mantuvimos nuestra buena amistad. Yo sabía que Mahbub retomaría su tema favorito algún día, por lo que no me sorprendió que se pusiera en contacto conmigo durante el verano de 1989. Su voz denotaba urgencia; me dijo que debía dejar todo lo que tuviera entre manos e ir inmediatamente a trabajar con él en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) con el objetivo de arrojar luz sobre la comprensión de los indicadores en general y de construir un índice de calidad de vida adecuado y útil en particular. Él había desarrollado ya un trabajo muy extenso sobre el tema (poseía un conocimiento asombroso de las condiciones de vida en diferentes países) y había constatado que el trabajo analítico que estaba realizando yo sobre la economía del bienestar y la teoría del cambio social guardaba una estrecha relación con la tarea de construir lo que posteriormente bautizamos como un “índice de desarrollo humano”.

Para mí era muy difícil dejarlo todo y unirme a Mahbub en las Naciones Unidas, pero conseguí reunirme con él a intervalos regulares para tratar de ayudarlo en aquello que estaba esforzándose por construir. Además de degustar numerosos

menús chinos y de Asia Meridional (siempre era él quien elegía los restaurantes), disfruté mucho con el progreso que estábamos realizando hacia el objetivo que se había propuesto Mahbub, pese al evidente escepticismo de los colegas que trabajaban con él en el PNUD. Contamos con el apoyo de otros economistas que se incorporaron como consultores del PNUD y que nos ofrecieron útiles consejos sobre lo que poco a poco iba emergiendo.

Mahbub y yo estábamos de acuerdo en casi todo, y cuando no era así encontramos la forma de converger en nuestras visiones. Uno de los temas en los que inicialmente discrepamos fue la utilidad de construir un índice agregado como expresión global del “desarrollo humano”, además de todos los parámetros que representan sus diversos aspectos. Dado que la vida humana contiene muchas características diferentes, me parecía muy poco plausible mantener la esperanza de llegar a una cifra que reflejara todas ellas de algún modo mágicamente integrado. Argumenté que un conjunto de números y descripciones funcionaría mejor que un único índice general expresado con un solo número. Tuve que decirle a Mahbub: “¿no te das cuenta de lo vulgar que será utilizar esa cifra imaginaria para intentar representar simultáneamente todas las características de la vida?”. Mahbub me contestó que, en efecto, sería vulgar, pero que jamás encontraríamos una alternativa al PIB que se pudiera utilizar ampliamente si lo que desarrollábamos no era tan simple —y vulgar— como el propio PIB. “La gente dirá maravillas de tus múltiples componentes, pero en la práctica”, insistió, “abandonarán tu complicado mundo y elegirán la sencillez del PIB en su lugar”.

Mahbub sostuvo que una estrategia mejor sería competir con el PIB proponiendo otra cifra —la del desarrollo humano— que no sería menos vulgar que el PIB, pero que contendría información más pertinente que la que ofrece este último. Una vez que las personas se interesaran

por el índice de desarrollo humano, por poco sofisticado que fuera, tendrían interés (afirmaba Mahbub) en los diversos cuadros con numerosos tipos diferentes de información que el Informe sobre Desarrollo Humano presentaría al mundo. El Índice de Desarrollo Humano debía incluir algunos ingredientes útiles para comprender la realidad social, pero seguir siendo tan fácil de utilizar como el PIB. “Eso es lo que te pido que elabores”, dijo Mahbub.

Su razonamiento me convenció y, pese a que requirió un trabajo muy complicado, siempre tuve muy presente mi conversación con Mahbub. Pese a que me siento honrado porque en ocasiones se reconoce mi labor en la creación del Índice de Desarrollo Humano (IDH), debo subrayar que el IDH se construyó por completo a partir de la visión de Mahbub y (no puedo dejar de añadir) de su perspicacia con respecto a su utilidad práctica. El IDH nunca ha intentado representar todos los aspectos que queríamos captar con el sistema de indicadores, pero tenía mucho más que decir sobre la calidad de vida que el PIB. Apuntaba a la posibilidad de reflexionar sobre cuestiones más significativas de la vida humana que el mero valor de mercado de los productos básicos que se compran y venden. Los efectos de la menor mortalidad, la mejora de la salud, el aumento de la educación escolar y otras preocupaciones humanas elementales podrían combinarse en algún tipo de indicador agregado, y eso es precisamente lo que hizo el IDH. Un aspecto crucial de la agregación fue, por supuesto, la elección sensible de los pesos relativos de las diversas variables (sin pasar por alto el hecho de que los distintos apartados de nuestras conclusiones estaban expresados en unidades muy diferentes).

El anuncio del PNUD del nuevo Índice de Desarrollo Humano en 1990, con cifras concretas que reflejaban los logros de los diferentes países, medidas de manera transparente y pertinente, fue ampliamente acogido con agrado. Fue una clara reivindicación de lo que Mahbub deseaba

conseguir. Me llamó por la mañana para leerme las portadas de varios de los periódicos más importantes. Una de las cosas que más nos complació fue que los artículos de todos los periódicos complementaban la difusión de las cifras del IDH —a diferencia de los datos del PIB— haciendo

referencia a algunos de los cuadros en los que se detallaban aspectos concretos del desarrollo humano (como había predicho Mahbub).

Fue un gran momento. Aparte de celebrar lo que acabábamos de lograr, no pude evitar acordarme, mientras Mahbub

seguía hablándome sobre aquellos artículos, de las conversaciones que solíamos mantener en nuestra época estudiantil, 35 años antes. Supongo que estuvo justificado que nos perdiéramos una clase o dos.